

"¿Para qué queremos hombres?"

Comedia de costumbres en 3 actos

PERSONAJES

JULIA... No menos de 45 años, pero no anciana

MARINA... La hija de la anterior, sobre 20 años

JACINTA... Mediana edad, más de 40

ROSA... También en torno a los 40 años

CARMELA... El ama del cura, no menos de 50 años

COLASA... Como la anterior, más de 50 años

MATILDE... Hermana de la anterior, mayor que ella

LUPE... La de la centralita, no importa su edad

SARA... Joven urbana, alrededor de 30 años

JUANA... Como la anterior, en torno a los 30 años

Las edades son aproximativas, probablemente muchos de los papeles puedan adecuarse a otra edades, exceptuando el de MARINA, que ha de ser una chica en edad de casarse.

La época, indefinida, pero en todo caso no en una época muy actual. La obra se desarrolla en la Asturias rural, pero es extrapolable a cualquier otro lugar con pequeños cambios.

ACTO PRIMERO

Una grupo de casas de una aldea, un par de casas, una a cada lado. Fondo, el pueblo. Ambientada en Asturias, pero trasladable cambiando los nombres de los lugares a cualquier entorno rural.

JULIA.- *(Mujer mayor, la madre de MARINA. Hablan delante de casa mientras atan unas cebollas de la cosecha. El resto de las mujeres que aparecen pueden tener diversas edades)* Marina, no es por nada, pero llevas media hora atando esa cebolla. Y del mal, esta la estás atando a otra cebolla, no como la última, que la estabas atando a la pata de la silla. ¿Se puede saber qué te pasa?

MARINA.- ¿Qué me va a pasar, madre? Que de hoy en quince días me caso, y estoy de los nervios.

JULIA.- ¡No valéis para nada! ¿Nervios? El que tenía que estar nervioso es él.

MARINA.- También lo está. Hace tres días lo mandó su madre que fuese a ordeñar las vacas y a echarles maíz a las gallinas, y, cuando pasaron dos horas, el padre fue a buscarlo, y estaba en la cuadra echándoles maíz a las vacas.

JULIA.- ¿Estuvo dos horas echándoles maíz a las vacas?

MARINA.- ¡No, las dos horas las estuvo intentando ordeñar a las gallinas!

JULIA.- En mis tiempos no pasaba esto. Yo, el día antes de casarme, estaba como si no fuera conmigo la cosa.

MARINA.- ¿Y padre?

JULIA.- Tu padre no se sabía como estaba, porque había cogido una borrachera que casi le duraba cuando nos estaba casando el cura. Con decirte que tardó más de un minuto en acertar con el anillo en el dedo, porque decía que no sabía en cuál de los diez dedos tenía que ponerlo.

MARINA.- ¿Le enseñó las dos manos?

JULIA.- No hija, estaba enseñándole una mano solamente.

MARINA.- No se burle de mi, madre.

JULIA.- Es para ver si así te animo, mujer. Anda, vamos a dejar las cebollas para otro momento, porque vas a acabar atándolas con una de tus piernas. Ve a ver si ves a tu padre, que desde que se ha ido al huerto no sé de él, y ya me extraña que no haya venido a merendar.

MARINA.- Voy. *(A la que sale tropieza con JACINTA, otra mujer entrada en años)*

Hola, señora Jacinta. ¿Qué? ¿Dando un paseíto?

JACINTA.- ¿Un paseíto? Calla, ¿eh? Vengo de una mala leche.

MARINA.- La dejo con mi madre. Hasta luego. *(Se va)*

JULIA.- ¿Qué te pasa, Jacinta? ¿Ya ha vuelto Ramón a pescarla?

JACINTA.- Más le vale que no, porque entonces sí que lo descalabro en cuento lo vea.

Mujer, marchó a les tres de la tarde a hacer un recado, y aún no ha vuelto.

JULIA.- Habrá parado en la taberna.

JACINTA.- Ya he buscado en todas las tabernas, y no está en ninguna.

JULIA.- ¿Y no has preguntado? Igual alguien lo ha visto.

JACINTA.- ¿Querrás creer que no encontré a ninguno de sus amigos por ahí?

JULIA.- Me extraña, porque por lo menos Paco debiera estar ya en la taberna desde las cuatro. Aunque también es verdad que a estas horas ya no iba a conocer a tu marido, y menos a ti.

JACINTA.- Pues no está. Ni él, ni nadie. Serafina, la de la tasca me dijo que en toda la tarde no había parado nadie allí.

JULIA.- ¿Y en la bolera?

JACINTA.- Tampoco encontré a nadie. Y más le vale a Ramón que no lo haya encontrado allí, porque te juro que le hacía un pleno a los bolos con su cabeza. Llevamos unos días...

JULIA.- Si son solo unos días, no es para tanto. Yo llevo así con el mío desde que nos casamos.

JACINTA.- No te burles. Todavía ayer hemos tenido una pelea. Resulta que íbamos con el asno camino de la Llosa, y nos tropezamos con el cura, que estaba delante de la iglesia. Y según nos habíamos puesto a hablar... ¡Comienza a tirar pedos!

JULIA.- ¿El cura?

JACINTA.- No, mujer, el asno. Yo no sabía donde meterme, y disimulando, le pegaba en la barriga.

JULIA.- ¿Al asno?

JACINTA.- No, a Ramón, a ver si hacía algo. Yo le ponía cara al cura como si no estuviera pasando nada, porque aquel asno estaba dando una serenata que ni Pascual el del tambor. Y tal como había empezado para de pronto, y cuando no habían pasado dos segundos, se oye otro cuesco que dejó mal a los

anteriores de lo fuerte que sonó. No podía creerlo. Me quedé mirando para él casi sin decir palabra.

JULIA.- Para el asno.

JACINTA.- ¡No! ¡Para Ramón! El muy cerdo, aprovechando la serenata del asno quiso desahogarse él también con la idea de echarle la culpa al animal, pero calculó mal el momento. ¡No veas lo colorado que se puso!

JULIA.- Ramón, ¿eh?

JACINTA.- No, el cura. Y encima, de tan fuerte que había sonado el cuesco, se encabritó.

JULIA.- ¿El asno?

JACINTA.- No, el cura. Nos llamó de todo. No pensé que un hombre como él supiese tantos insultos diferentes. Yo, hija, ya no pensaba más que en desaparecer de allí, así que empecé a darle con la vara para arrear.

JULIA.- ¿Al asno?

JACINTA.- No, a Ramón. Hasta casa lo traje a varazos. Sé yo que esa noche durmió caliente.

JULIA.- ¿Y el asno?

JACINTA.- ¿A mi qué más me da si duerme caliente el asno o no?

JULIA.- Mujer, pregunto que si quedó allí.

JACINTA.- No, lo traje también a él para casa. Y vino marcándome el ritmo de los palos que le daba a Ramón todo el camino. Ni que hubiera comido tres potajes en vez de hierba. ¡Qué manera de echar por el tubo de escape!

JULIA.- Bueno, entonces no es de extrañar que no encuentres a Ramón, si tanto lo enfilaste ayer con la vara. Estará escondido.

JACINTA.- Voy ver si lo encuentro. Hasta luego, Julia. *(Se va)*

JULIA.- Hasta luego, mujer. Esta Jacinta...

MARINA.- *(Entra)* Madre, padre no está en el huerto.

JULIA.- Vaya por Dios. Se habrá perdido también como el panoli de Ramón. Seguro que andan por alguna taberna, como si lo viera.

ROSA.- *(Sale de la otra casa, la vecina, de la quinta más o menos de JULIA)* Hola, Julia, ¿habéis visto por ahí a Colás?

JULIA.- No, y mira que estoy extrañada, porque hoy ya echaba de menos que me preguntase por los guisantes. Nunca he visto hombre tan obsesionado con algo.

- ROSA.-** Mejor que ande detrás de los guisantes de las vecinas, que no detrás de ellas.
¿Lo has visto o no?
- JULIA.-** No, Rosa. Hoy andan todos perdidos. Jacinta también está buscando al suyo.
- ROSA.-** Ya verás. Este bobainas ha vuelto a ir al huerto de Bonifacio para ver los guisantes que tiene. Lleva cinco días que no tiene otra cosa en la cabeza. Dice que están más altos que el año pasado, y que como no ha llovido este año mucho, eso no es normal. Ayer estuvo casi una hora mirando para ellos a ver si veía algo raro.
- JULIA.-** Tendría que hacer que le miraran eso. Tanto guisante no puede ser bueno.
- ROSA.-** Ya que fueran guisados con jamón. Voy a ir a ver si fue hasta el huerto de Bonifacio. Si viene por aquí antes de que vuelva yo, que ni se le ocurra irse sin que yo lo vea.
- JULIA.-** Descuida, que si hace falta le saco unas cuantas vainas para que las analice mientras llegas.
- ROSA.-** Hasta luego. *(Se va)*
- JULIA.-** Hasta luego. *(A la hija)* ¿Donde andarán metidos todos los hombres hoy?
- MARINA.-** No sé, pero yo voy ahora mismo a ver a mi Marcelino, porque estoy también mosqueándome.
- JULIA.-** Marina, ya lo verás de sobra después de casados, mujer. Déjalo respirar.
- MARINA.-** Es que si no voy, a la que le falta la respiración ahora mismo es a mi. Hasta luego. *(Se va)*
- JULIA.-** Esta cría cada día está peor. *(Sigue atando cebollas. Entra por el lateral CARMELA, el ama del cura, vestida toda de negro)* Carmela, dichosos los ojos. Pero, escucha, este año ya he dado para el patrón, para el Domund, para la iglesia y para la virgen.
- CARMELA.-** Pues te faltan las ánimas y la milagrosa. Pero no. Ando buscando a Don Cipriano.
- JULIA.-** ¿Al cura? Mujer, estará en la iglesia.
- CARMELA.-** No anda por la iglesia desde hoy por la mañana. Y lo peor es que dentro de media hora tiene un cabodeaño, y no lo localizo.
- JULIA.-** Si tiene un cabodeaño, aparecerá, Carmela, que esos como son cobrando...
- CARMELA.-** Es que llevan en la iglesia casi dos horas un par de mujeres esperando para confesar, y eso es muy grave.
- JULIA.-** Naturalmente, que igual les da cualquier cosa, y van para el infierno por no estar confesadas.

CARMELA.- No lo tomes a broma, Julia. La confesión es sagrada. Voy a seguir a ver si lo encuentro. Si pasa por aquí, no dejes de avisarlo de que ando detrás de él.

JULIA.- Eso ya hace tiempo que lo sabe todo el pueblo.

CARMELA.- ¿Qué dices?

JULIA.- Nada, nada, Carmela. Que se me fue la cabeza. Lo aviso, no te preocupes. Total, hoy parece que estoy de recadera para todo el mundo.

CARMELA.- Queda en paz. *(Se va)*

JULIA.- Pobre Don Cipriano, no me extraña que desaparezca por no aguantar a este monigote.

JACINTA.- *(Vuelve a entrar)* Pues que no he dado con él.

JULIA.- ¿No? Bueno, mujer, no te preocupes. Andará por ahí.

JACINTA.- Mira que llegué hasta la estación, y nada.

JULIA.- ¿Le preguntaste al jefe de estación si lo había visto?

JACINTA.- No estaba. No había nadie en la estación.

JULIA.- ¿Cómo no iba a estar, Jacinta? Si está al llegar el tren de la tarde.

JACINTA.- Te digo que no estaba. Ni él ni el de la taquilla.

JULIA.- *(Se levanta ya un poco mosca)* Pero, bueno, ¿qué pasa hoy con los hombres del pueblo?

JACINTA.- Ahora que lo dices... No me he encontrado con ningún hombre en todo el camino. Y es raro, ¿eh?

JULIA.- Y tan raro. *(Se asoma detrás de la casa)* El mío no está en el huerto. ¿No estarán en la bolera o por ahí?

JACINTA.- La bolera está cerrada. Mariano tampoco está.

MARINA.- *(Entra nerviosa, casi corriendo)* ¡Marcelino no está en la sierra!

JULIA.- No te apures, Marina, tal vez le ha dado el día libre Prudencio.

MARINA.- Entonces lo han cogido los dos, porque Prudencio tampoco está.

JULIA.- Ay, Dios, que para que Prudencio deje la sierra tiene que pasar algo gordo, que no la cierra ni cuando las fiestas del pueblo. Esto ya no es normal.

ROSA.- *(Entra por el camino)* Pues no estaba en el huerto de Bonifacio. ¿Tu sabes de otros guisantes así con buena pinta por el contorno?

JULIA.- Rosa, esto me huele muy mal.

ROSA.- Perdona, es que he ido corriendo, y seguro que he sudado un poco, pero no hace más que seis días que me he bañado, así que...

JULIA.- No seas boba, Rosa. No aparece ningún hombre en todo el pueblo.

MARINA.- Ni Marcelino tampoco.

ROSA.- Ya, hija, si no aparece ninguno, me figuro que Marcelino tampoco.

JACINTA.- ¿Qué hacemos?

JULIA.- No sé. Estoy tan despistada como vosotras.

ROSA.- No, tu estarás despistada, pero yo lo que estoy es enfadada. En cuanto que aparezca mi marido va a dejar de andar oliendo guisantes, porque le voy a partir las narices.

MARINA.- (Llorando) Ay, madre, que Marcelino ha desaparecido. Que nos faltan quince días para la boda.

JACINTA.- Desaparecería por eso.

MARINA.- (Llora más todavía) ¡Marcelino me quiere mucho!

JACINTA.- Mujer, era broma.

JULIA.- Escucha, Marina, ve corriendo a casa de Lupe, que aparte de ser la cartera, como está en la centralita de teléfonos, seguro que sabrá si ha pasado algo.

JACINTA.- Seguro que Genoveva está más enterada. No hay chisme que se le escape.

MARINA.- (Llorando) ¿Y Marcelino?

JULIA.- Deja a Marcelino en paz, que ahora lo principal es saber qué pasa. **(Se va MARINA llorando)**

JACINTA.- Hija, como esta niña comience a llorar por su marido antes de casarse, no le queda nada. ¿No le has explicado bien como era esto del matrimonio?

JULIA.- ¿Qué le tenía que explicar?

JACINTA.- Pues quién manda en casa una vez casados.

JULIA.- Mandarán los dos.

JACINTA.- ¡Hala! Lo que faltaba por oír. ¿En tu casa mandáis los dos?

JULIA.- Lo que hay en mi casa no es asunto tuyo.

JACINTA.- Ya, ya. En tu casa como en las demás.

COLASA.- (Entra con MATILDE, la hermana) ¿Hay reunión?

JULIA.- Más o menos. ¿Qué traéis por aquí?

COLASA.- Buscamos a Rafael, que en todo el día no ha aparecido por la quintana. Pensará que le pagamos para que no haga nada.

JACINTA.- (Hablando alto) ¿Cómo te va, Matilde? ¿Mejoran esas orejas?

MATILDE.- Rafael hoy no cuida las ovejas. Estamos buscándolo.

JACINTA.- (Más alto) Las orejas, Matilde, las orejas.

MATILDE.- ¡Ah! Mucho mejor, hija. Ha dicho el médico que tenía un cajón.

COLASA.- Un tapón, Matilde, un tapón. ¿Habéis visto a Rafael?

JULIA.- No, Colasa. Ni a Rafael ni a nadie. Todo esto es muy extraño. ¿Habrá un campeonato de mus en algún lado?

COLASA.- Como no venga pronto no sé quién va a encerrar a las ovejas.

MATILDE.- Sí, ya estoy mucho mejor de las orejas. Me quitó el tapón el médico.

JULIA.- A ver si viene la niña de casa de Lupe y nos enteramos de algo.

JACINTA.- Ahí viene. Y Lupe con ella.

MARINA.- *(Entra con LUPE, la de la centralita. LUPE trae unos cuantos sobres en la mano, y MARINA viene llorando a voz en grito, con otra carta abierta en la mano)* ¡Aaay, qué desgraciada soy! *(Se abraza a su madre)* ¡Ay, madre, que de esta no levanto cabeza!

JULIA.- ¿Qué pasa, hija?

LUPE.- He tropezado a tu hija a la que venía a veros. Tomad. Hay un sobre para cada una de vosotras. Toma, Julia, de tu marido. Toma, Jacinta, del tuyo. Rosa... *(Va dando sobres)* Mira, hasta Rafael os manda un sobre a vosotras, Colasa.

MATILDE.- ¿Quién nos escribe, Colasa?

COLASA.- Rafael, Matilde. *(Abren los sobres, y según van leyendo, van poniendo caras de susto y de no creer lo que leen. MARINA sigue llorando, y LUPE tiene cara de circunstancias)*

JULIA.- Esto... Esto es increíble. Oíd lo que me pone mi marido: “Julia. estoy harto. Y no precisamente de remolacha y patatas, que parece que es el único plato que sabes hacer, porque a todas horas las estamos comiendo. Estoy harto de ti y de la boba de tu hija. *(MARINA llora más)* Así que hoy, en vez de tomar las dichas remolachas, he tomado una determinación. Hemos estado hablando los hombres del pueblo, y estamos todos de acuerdo. El miércoles, el día que hemos mandado que os entregaran estas cartas, embarcamos para América en busca de una vida mejor. Ahí te quedas tu y tus puñeteras remolachas. Y no me busques, que no me vas a encontrar. Postdata. Que sepas que las remolachas que haces saben a perros muertos.” ¿Vosotras oís?

JACINTA.- Hombre, la verdad es que para las remolachas no tienes buena mano, Julia.

ROSA.- Debe ser cosa del embutido.

JULIA.- No seáis imbéciles. ¡Que me deja!

ROSA.- A ti y a las demás. Escuchad. “Rosa. Esta carta es solamente para decirte que me voy de casa rumbo a América el día que la recibas. La verdad es que voy a echar mucho de menos esta tierra, porque los guisantes se cultivan como en ningún sitio, pero según nos ha dicho el cura, en América también los

habrá. Cuida bien el huerto, y si algún día te enteras de qué porras hace Bonifacio para que crezcan de esa forma sus guisantes, no dejes de hacerlo tu también. Tuyo para jamás de los jamases.” ¿Vosotras veis? Va a echar más de menos a los guisantes del Bonifacio que a mi.

COLASA.- Pues Rafael se ha ido con ellos para allá. Dice aquí que no lo esperemos más a trabajar y que ya puede ir a encerrar las ovejas el Santo Serafín.

MATILDE.- ¿Qué dice? ¿Qué viene a encerrar las ovejas un mastín?

JULIA.- ¿Y la tuya, Jacinta?

JACINTA.- Yo casi quiero más no leerla, porque lo del asno de ayer, comparado con lo que dice en la carta, fue casi una bendición.

LUPE.- Dejaron cartas para todas las casas del pueblo, y al parecer, todos los hombres se han ido. No queda ninguno. Ni el cura, ni el médico, nadie.

ROSA.- ¿Qué hacemos?

JULIA.- Lo primero ir a buscar los niños a la escuela, porque presiento que el maestro tampoco estará.

LUPE.- No, ni el maestro, ni los niños. Por la escuela pasó Consuelo, y no estaban más que les dos hijas de Adela allí. Los niños también se marcharon.

JULIA.- *(Estalla)* ¿Me estás diciendo que el adefesio de mi marido se ha llevado con él a mi Crispín? ¡Lo mato! ¡Por mi madre que voy a América detrás de él y lo mato!

COLASA.- ¿Voy a la estación a preguntar a qué hora hay tren?

JACINTA.- Julia, está con el padre, no le pasará nada.

JULIA.- Si su padre no ha mirado para él en nueve años que tiene, ¿te parece que va a mirar ahora? Ay, Dios, pobrecito. Solo por América.

LUPE.- Como Marco, ¿eh? Pero solo no, hija, con todos los demás hombres. Ya te digo que no ha quedado ninguno en todo el pueblo.

MARINA.- *(Llora a moco tendido con el sobre en la mano)* ¡Ay, madre! ¡Quince días que me quedaban para casarme! ¡Y me dice aquí que se casaba obligado por su madre!

ROSA.- Marina, ¿qué esperabas? Obligados van todos. El mío llevaba detrás a mis hermanos, a cuál con la garrota más gorda, por si le daba por echar a correr.

JACINTA.- Hay que hacer algo. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Habrá que ir a dar parte a la guardia civil o a alguien. Esto es abandono del hogar.

JULIA.- Jacinta, lo del abandono del hogar solo cuenta para las mujeres, los hombres pueden irse cuando quieran.

COLASA.- Si, los vuestros ya lo hacían bastante bien antes.

ROSA.- ¡Por lo menos nosotras estábamos casadas!

COLASA.- A ver lo que dices, ¿eh? Si me quedé soltera fue porque quise.

ROSA.- Hombre, sí, ya sabía que andabas espantando los mozos de tu puerta.

COLASA.- Vayámonos, Matilde, que aquí hay mucha arpía suelta.

MATILDE.- ¿Que hay una sardina muerta? Entonces, ¿la que olía no era Rosa?

ROSA.- ¡Otra! Que es que he venido corriendo... Pero, ¿qué hago yo dándoos explicaciones?

JULIA.- Dejad de pelear, por favor. Vamos a pensar qué hacemos, porque esto es muy gordo. No hay ningún hombre en el pueblo, y hay que pensar lo que haremos.

LUPE.- Voy a ir hasta la iglesia, que el último sobre que tengo para dar es para Carmela.

JULIA.- No sé si estará, porque anda buscando al cura.

JACINTA.- No la busquéis más, que viene por ahí.

CARMELA.- *(Entra por el lateral)* Vaya, reunión de vecinas, perdición de los hombres.

JACINTA.- Por una vez la cosa es al revés.

LUPE.- Hola, Carmela, iba a verla para darle esta carta. Es del cura.

CARMELA.- ¿Del cura? *(Abre el sobre y lee, primero un poco para ella, y luego para las demás)* ¡No soy a creerlo! ¡Que se ha ido! Escuchad: “Carmela: Hoy los hombres de este pueblo acaban de tomar una decisión muy difícil, pero que al parecer es la única que podían tomar. Hartos de aguantar a las mujeres, han decidido irse para América, y yo, no queriendo dejar a este rebaño sin pastor...”

JULIA.- Y nunca mejor dicho lo de rebaño, porque están todos como cabras.

CARMELA.- Calla. “...sin pastor, me voy con ellos, pues son muchas las tentaciones que van a encontrar en esas tierras dejadas de la mano de Dios. Cuide de la iglesia mientras que mandan otro párroco. La tendré siempre presente en mis oraciones.”

ROSA.- O sea, que se ha ido con ellos.

JACINTA.- Yo lo sabía, me lo dice mi marido en la carta.

CARMELA.- ¡Pobre Don Cipriano! Voy a echarle mucho de menos. Y él a mi también, por lo que me dice en la carta. Es un santo.

JACINTA.- ¿Un santo? Oíd lo que me dice mi marido. (*Busca en su carta*) Aquí: “El cura también viene con nosotros, porque nos ha dicho que está hasta los mismos...” Bueno, esta palabra no la leo, que es pecado mortal. Eso, “que estaba hasta ahí de la pesada del ama, y que a ver si con el disgusto de que se fuera, le daba un soponcio y así este mundo se libraba de esa peste, y...”

CARMELA.- Deja, deja, me hago una idea. ¿Será puñetero? O sea, que por lo que veo, se han marchado todos los hombres para América.

JULIA.- Todos. Estábamos aquí pensando qué hacer.

CARMELA.- ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¡Disfrutar de la libertad!

JACINTA.- ¿Qué dices, Carmela?

CARMELA.- ¿Donde la vimos más gorda? No hay ningún hombre en todo el pueblo. Ninguno que nos pueda molestar. Nadie que nos mande, ni que nos moleste.

ROSA.- Pero, bueno, Carmela, que la cosa es muy grave. ¿Qué vamos hacer sin ellos ahora?

CARMELA.- Vivir, Rosa, vivir. ¿O qué querías? ¿Tener al infeliz ese que tenías en casa mirando los huertos de los vecinos en vez de trabajar en la tuya? Porque mucho hablar de guisantes, pero, ¿cuándo fue la última vez que labró?

ROSA.- Hombre...

CARMELA.- No daba un palo al agua. Y que sepas que sé de buena tinta que estaban a punto de echarlo de la herrería, porque faltaba a trabajar cada poco, con la cosa de andar mirando los huertos de la vecindad.

JACINTA.- Carmela, hija, no seas así.

CARMELA.- ¿Y tu? ¿Qué me dices tu? ¿Para qué lo quieres de vuelta? ¿Para seguir machacándole el espinazo cada vez que te arma alguna? No hay un hombre en todo el pueblo, y si me apuras en toda Asturias, que te pueda dejar mal tantas veces seguidas.

JACINTA.- No hay que exagerar.

CARMELA.- Para empezar, en tu boda, tonta. Perdió los anillos, traía el pantalón del revés. ¿Quieres que siga?

JACINTA.- No, Carmela, deja, que le debes de estar poniendo las orejas bien calientes.

MATILDE.- ¿Qué pasa con las ovejas?

CARMELA.- ¿Y vosotras queréis que vuelva Rafael? ¿Para qué? ¿Para que siguiera sisándoos cada vez que no mirabais?

COLASA.- ¿Qué sabes tu?

CARMELA.- ¿No lo voy a saber? Si pasaba el día invitando en la taberna, y cada vez que lo hacía, decía: “Esta la paga Colasa”.

MATILDE.- ¿Qué está en Málaga Colasa? No, mujer, si está aquí.

CARMELA.- ¿Y tu, Julia? ¿También quieres que vuelvan los hombres?

JULIA.- Mi marido me da igual. El que quiero que vuelva es mi hijo. ¿Qué va ser de él en América?

CARMELA.- Tu hijo va para mayor, Julia. A no tardar mucho, como todos los demás, se irá de casa, porque lo que suele pasar es que los hombres se van con la mujer para casa de ésta. Escuchad. Lo que acaba de pasar es una bendición para todas, y si no, medítadlo hoy por la noche. Sin hombres, se acabaron los problemas. Se acabó estar sola en casa, cuidando los hijos, porque los hombres están en las tabernas, gastando el sueldo. Se acabó callar a lo que mandan las pocas veces que piensan que llevan los pantalones. Se acabó llevar una bofetada porque piensan que la fuerza les da la razón. Se acabó llevar la casa auestas, el huerto, los hijos, y que esos holgazanes, porque piensan que con traer el sueldo a casa ya hacen bastante, encima os digan que no hacéis nada. ¿Es eso lo que queréis que vuelva? **(Ninguna contesta y bajan la vista)** Y tu, Marina, deja de llorar, que te has librado de una buena. Y ahora me voy, que estarán aquellas dos pobres en la iglesia esperando a confesarse, y para mi que si no las voy a avisar, van a echar raíces en el banco. Hasta luego. **(Se va y hay una pequeña pausa en silencio)**

ROSA.- La verdad, un poco de razón si que tiene.

JACINTA.- Un poco, no. La tiene toda. Es cierto que vamos a estar mejor sin ellos. Mirad, para empezar, hoy por la noche hacemos costura en mi casa, que desde que me casé nunca he podido hacerlo, porque me daba vergüenza invitaros, por si aparecía por casa el imbécil de mi marido.

JULIA.- No sé si Carmela tendrá razón o no. El caso es que a partir de ahora tenemos que arreglarnos sin ellos. Hoy nos vale más irnos a casa, y, si os parece, mañana por la mañana volvemos a quedar aquí, y hablamos más reposadas.

JACINTA.- Oye, ¿y mi costura?

JULIA.- Vas a tener tiempo de sobra para hacer reuniones de costura, Jacinta. Después de tantos años, esperar un día más tampoco te va a hacer mucho mal.

JACINTA.- No, mujer, quedamos en mi casa a hacer costura, y lo hablamos allí.

JULIA.- Mañana, Rosa, que estas cosas hay que consultarlas con la almohada.

JACINTA.- Las consultas en mi casa.

JULIA.- ¿Cómo voy a dormir en tu casa, Jacinta?

JACINTA.- Entonces, tu, Marina, que así tu madre puede pensar mejor.

MARINA.- Estoy como para ir a dormir a ningún sitio. ¡Quince días que me faltaban!

JACINTA.- ¿Y tu, Rosa?

ROSA.- ¿Yo, qué?

JACINTA.- ¿No te apetece dormir en mi casa?

MATILDE.- ¿A dónde va ir Colasa?

COLASA.- ¡Calla, Matilde! Jacinta, ¿a qué viene ese empeño en querer que alguien duerma contigo hoy?

JACINTA.- Verás, Colasa, con la de años que llevo durmiendo con mi marido, dormir hoy sola... A ver si va entrar alguien en la casa.

ROSA.- ¿Quién va entrar? No quedan hombres en el pueblo.

JACINTA.- ¿Venís vosotras, Colasa?

COLASA.- Nosotras no podemos, tenemos que ir a atender las ovejas...

JACINTA.- Voy yo a echaros una mano. ¿No tenéis un lugar donde me pueda quedar con vosotras?

COLASA.- Anda, ven, algo aparecerá. Vamos, Matilde, que Jacinta se queda hoy con nosotras.

MATILDE.- ¿Qué dices de una pinta?

COLASA.- Dios, menos mal que dice que anda mejor de las orejas. Anda, tira, tira. *(Se van COLASA, MATILDE y JACINTA)*

ROSA.- ¿Qué vamos a hacer, Julia?

JULIA.- Mañana lo hablamos, Rosa. Hoy tengo que pensar.

ROSA.- No pienses mucho y te dé un sofocón a la cabeza. Hasta mañana. *(Se va)*

MARINA.- ¡Qué desgraciada soy, madre! ¿Dónde encuentro otro novio ahora?

JULIA.- Mañana, Marina, mañana. Anda, vamos para casa. *(Se van mientras cae el*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración de antes. En escena JULIA, MARINA, JACINTA, ROSA, MATILDE, COLASA y CARMELA, algunas sentadas, algunas levantadas.

JULIA.- A mi me parece que está todo claro, ¿no?

ROSA.- Hay algunas cosas todavía que...

JULIA.- Por Dios, Rosa, que llevamos aquí cuatro horas.

ROSA.- Las cosas tienen que quedar bien claras, que después pasa lo que pasa.

JULIA.- Hija, esto ya ni lavándolo con lejía puede estar más claro. A mi me parece que ya nos podemos ir, que aún no he puesto la comida.

ROSA.- No, no, que Marina lea lo que está escrito, por si no lo ha apuntado bien.

JULIA.- Oye, que esta niña ha ido a la escuela casi seis meses antes de dejarlo, ¿eh?

JACINTA.- ¡Dios! Callad ya. Que lea Marina de una vez eso, y a ver si nos vamos para casa, puñetas.

JULIA.- Está bien, total, después de estar aquí cuatro horas, diez minutos más... Lee, Marina.

MARINA.- (*Lee un papel*) Decálogo de normas que van a regir en este pueblo a partir de hoy. Primera...

ROSA.- ¿Lo veis? Eso ya está mal.

MARINA.- Rosa, la primera es la primera, ¿no?

ROSA.- Si, pero dices que a partir de hoy, pero no pones el día. Y además, no es un decálogo, es un sietálogo, porque son siete normas y...

JULIA.- Un tontólogo tenía que mirarte a ti la cabeza, Rosa.

ROSA.- Vale, vale, sin alterarse.

MARINA.- Primera: En este pueblo no podrán entrar hombres sin permiso de las vecinas. Segunda...

COLASA.- Y nosotras que no tenemos vecinas, ¿a quiénes les piden permiso?

JULIA.- Colasa, las vecinas somos todas.

MATILDE.- ¿Que las vecinas son tontas?

JACINTA.- Faltaba por hablar la sorda de los diablos. Tira para adelante, Marina, que he dejado una olla de puchero en la cocina, y a saber como estará.

MARINA.- Segunda: Los parientes varones que vengan de visita no podrán circular por el pueblo, ni quedarse más de un día.

ROSA.- Ni una noche.

JULIA.- Rosa, te juro que si vuelves a interrumpir, cojo el mango de esa azada y te doy con él hasta hacerlo astillas.

ROSA.- Hija, cómo te pones para nada.

MARINA.- Tercera: Ninguna mujer del pueblo tendrá relación alguna con ningún hombre que no sea de la familia.

JACINTA.- A Matilde y a Colasa no les hacía falta esa norma, porque llevan toda la vida sin ninguna relación.

COLASA.- Oye, tu, que yo en mis años tuve mis pretendientes.

MATILDE.- Si, si, cada vez le faltan más dientes.

JACINTA.- No me acuerdo de ningún pretendiente tuyo.

COLASA.- Martín el de Amaro anduvo lo menos un año detrás de min. Y hasta le fue a pedir a mi madre relaciones conmigo. Pero casi no aportaba dote.

MATILDE.- Sí, hemos dejado puesto el pote. Ya estará frío, con la de tiempo que llevamos aquí.

JULIA.- ¿Habrá manera de acabar con las normas? ¿O miramos a ver cuál cuenta la mejor historieta?

COLASA.- Me chinchó Jacinta. Decir que yo no he tenido pretendientes... Así los he tenido, así. Pero no apareció el bueno.

MARINA.- ¿Sigo?

JACINTA.- Sí, hija, antes de que Colasa nos diga todos los que han andado detrás de ella, que igual entonces ni llegamos a casa a la hora de cenar.

MARINA.- Cuarta: Las labores del sacerdote las harás de momento Carmela, puesto que es conocedora de tales labores.

ROSA.- Esta es otra cosa que no acabo de ver, porque ir a confesar con Carmela...

CARMELA.- Lo mismo que con el cura. Si a él le podías contar tus pecados, a mi también.

ROSA.- Es que él tenía el secreto de confesión, y tu...

CARMELA.- ¿Yo? Una tumba. Están tus secretos más seguros conmigo que contigo. Si algo sé hacer bien es callar, porque si no, hace mucho que habría contado el idilio de Jacinta con Roque dos meses antes de casarse. Pero como yo sé callarme las cosas, no lo he contado.

JACINTA.- ¿Cómo sabes tu eso?

CARMELA.- Ay, hija. El cura hablaba en sueños. Si quería enterarme de algo, no tenía más que ir cuando dormía la siesta, le preguntaba lo que fuera, y contaba

todo lo que le habían confesado. Lo que me reía cuando despertaba, y me pedía agua porque decía que tenía la boca seca. Él pensaba que era de roncar... ¡Y era de largar!

JULIA.- Entonces, ¿sabes todo lo que le habíamos confesado al cura?

CARMELA.- Casi todo, pero no te apures, que jamás contaré que una vez robaste un par de gallinas en el corral de Fermina. Hay cosas que no deben contarse.

JULIA.- ¡Carmela! Eso es mentira, no las robé. Las cogí... pensando que eran mías, porque se parecían a unas que tenía yo en mi gallinero. ¡Marina, la quinta!

MATILDE.- ¿Marina se va al servicio militar?

COLASA.- ¿Qué dices, Matilde?

MATILDE.- ¿No dice su madre que es una quinta?

JULIA.- Tira, Marina, tira.

MARINA.- Quinta: Cuando cualquiera de las mujeres del pueblo necesiten ayuda para trabajos propios de los hombres, las demás ayudarán en todo lo que sea posible, para que no haga falta avisar a ningún varón.

JACINTA.- Y para comenzar, mañana os quiero a todas en mi casa, que toca limpieza.

ROSA.- La norma dice que es para trabajos que hacían los hombres.

JACINTA.- Es que en mi casa el que limpiaba era mi marido.

JULIA.- No, Jacinta, la norma es para cosas de mucho esfuerzo, que una sola de nosotras no pueda hacer.

JACINTA.- Si supieseis el esfuerzo que me cuesta a mi limpiar...

JULIA.- Venga, Marina. Otra más.

MARINA.- Sexta: En caso de extrema necesidad, se permitirá la entrada al pueblo a un hombre, no estando éste en él más de lo estrictamente necesario.

ROSA.- Este punto también hay que aclararlo.

JULIA.- Como aclares tanto la ropa como todos estos puntos, debes de tener la colada más blanca de toda la región. ¿Qué demonios hay que aclarar ahora?

ROSA.- Pues los casos de extrema necesidad.

JULIA.- Está bien claro: una enfermedad, una extrema unción...

MATILDE.- ¿Quién estrena una función? ¿Van a hacer teatro?

ROSA.- Eso está claro. Pero, con la cosa de la necesidad, Petra seguro que trae algún hombre a su casa por la noche, porque no piensa en otra cosa en todo el día.

JULIA.- Eso no es extrema necesidad, y deja en paz a la pobre Petra. Cada una en su casa hace lo que quiera.

JACINTA.- No va ni seis días que he visto salir de su casa a un hombre a las diez de la noche.

JULIA.- ¡No me mates! ¿Quién era?

JACINTA.- No sé, pero a la que salía, vi como había movimiento de dinero.

CARMELA.- ¡Ave María! ¡Qué degeneración!

COLASA.- Pues ese día estuve yo en su casa.

CARMELA.- ¿Qué? Hombre, por Dios, Colasa. ¿A quién se le ocurre? Te tenía por más decente.

COLASA.- No veo ninguna indecencia en ir a ayudar a una vecina con el parto de una vaca. Y bien que se complicó, que hubo que llamar al veterinario, y hasta las diez estuvo el hombre dándole la vuelta al ternero. ¡Casi dos horas! Y no cobró más que la salida.

JULIA.- Así que un hombre, a las diez, y movimiento de dinero, ¿eh, Jacinta? Si la tonta soy yo que la escucho.

JACINTA.- Pensé...

JULIA.- Ese es tu gran problema, que de vez en cuando te da por pensar. Marina, la última.

MARINA.- Séptima y última: Si hay alguna duda, o hay cualquier cosa que no esté contemplada aquí, se reunirán todas las mujeres en asamblea para decidir qué se hace.

JACINTA.- Las asambleas en mi casa, ¿eh?

COLASA.- ¿No eran las reuniones de costura?

JACINTA.- Matamos dos pájaros de un tiro. Cosemos, y mientras, decidimos.

JULIA.- Pues está todo dicho. A partir de hoy, se acabaron los hombres en este pueblo. Y ahora, por Dios, cada una para su casa, que es casi la hora de comer, y llevamos aquí toda la mañana.

JACINTA.- Voy a ver si atizo la cocina, porque el puchero...

ROSA.- Jacinta, si lleva esa cocina cuatro horas sin atizar.

JACINTA.- No te apures. A la que salía, he avisado a voces a la casa de al lado que me atizaran la cocina.

ROSA.- Si a tu lado vive Cosme.

JACINTA.- ¡Arrea! No lo había pensado. No habrá ido, ¿verdad?

ROSA.- Si, desde América lo tiene difícil. ¡Qué boba eres! Anda, tira, tira, que nunca un puchero habrás hecho que tan a remojo hubiera estado.

JACINTA.- (A COLASA y MATILDE) ¿Venís cuando yo?